

entre los legos, donde el santo obispo le hizo dar un puesto cual convenia á su clase y á su dignidad. Estando en Constantinopla este principe algun tiempo despues, y hallándose en la iglesia un dia de fiesta, salió del presbiterio despues de la ofrenda; y habiéndole preguntado el patriarca Nectario, por qué habia salido del coro, respondió el emperador con un suspiro: « ¡Ah! hasta de poco tiempo á esta parte no he sabido la diferencia que hay entre el sacerdocio y el imperio. Apenas he podido hallar un hombre que me enseñase la verdad: no he conocido otro que Ambrosio que lleve con justo titulo el nombre de obispo. » Este principe tuvo toda su vida una idea tan alta de la prudencia y santidad del santo prelado, que al morir le recomendó sus hijos Honorio y Arcadio.

Ningun obispo estuvo jamás en mas alta reputacion que nuestro santo: de todas las partes del mundo venian á verle, á consultar con él y á oirle. Le miraban todos como el general de los ejércitos del Señor, como el azote no solo de los arrianos, sino tambien de todos los herejes de su siglo. Asistió y presidió á muchos concilios, en los que confundió á Prisciliano, á Joviniano, y á todos los otros enemigos de la fe. Sus escritos hacian tanto fruto en los países extranjeros como en Milan; y de todas partes se le consultaba como al oráculo de la Iglesia. Con un mérito tan eminente jamás se vió prelado mas humilde. Su mansedumbre, su modestia, su afabilidad le hicieron dar el nombre de padre del pueblo; y su caridad inmensa el de padre de los pobres. Despues de haber dado todo su patrimonio, agotado sus rentas, y vendido sus muebles para asistir á los miserables, vendió hasta los vasos sagrados para emplear el precio en rescatar los cautivos cristianos, y aliviar los pobres durante la tiranía de Máximo.

El año 396, Fritigila, reina de los Marcomanos,

pueblos de Germania, que ocupaban lo que comprende hoy la Bohemia, habiendo oido hablar de san Ambrosio á un cristiano que habia ido á Italia, quedó tan impresionada de todo lo que le dijo de él, que no pudo dudar que la religion de Ambrosio fuese la verdadera: creyó, pues, en Jesucristo, y envió embajadores á Milan para pedir al santo que le diera algunas instrucciones por escrito, y le señalase la regla que debia observar en su creencia y en su conducta; lo que ejecutó el santo en una admirable carta que le escribió en forma de catecismo. Esta princesa quedó tan prendada del santo, que ella misma vino á Milan para tener el consuelo de verle y oirle; pero encontró que ya habia muerto.

Cayó enfermo en el mes de febrero del año 397. El conde Estilicon, amigo íntimo del santo, exhortó á todos los habitantes de Milan que pidiesen á Dios por la vida de un hombre que era tan necesario al bien del estado y de la Iglesia. Estando los principales de la ciudad llorando al rededor de su cama, les dijo el santo: No he vivido entre vosotros de modo que deba tener vergüenza de vivir todavía: tampoco temo morir; porque tengo que tratar con un Señor infinitamente bueno. Poco antes de morir se le apareció Jesucristo, quien le llenó de un dulce consuelo, y le convidó á la gloria celestial. Finalmente, el sábado santo, que cayó á 4 de abril en el año 397, aquella grande alma fué á recibir en el cielo el premio debido á su eminente virtud, á sus trabajos y á sus méritos. San Honorato, obispo de Vercel, que se halló á su muerte, le administró el viático pocas horas antes de espirar. Sus funerales fueron una pompa célebre por la cual se empezó á darle los honores debidos á los santos, y esta veneracion se ha ido aumentando con los siglos.

A mas de su insigne piedad, de su zelo infatigable

y de sus raros talentos, tenía una ciencia tan llena de unción, y una dulzura tan particular en la expresión, que le ha hecho dar el sobrenombre de doctor meliflúo, ó que destila miel. Como murió en un tiempo que por lo comun está ocupado con el oficio de Pascua ó de la Cuaresma, la Iglesia ha fijado su fiesta á 7 de diciembre, día de su consagración: fuera de esta fiesta hay otra que se celebra en Milan el día 30 de noviembre, que fué el de su bautismo.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Milan, la consagración de san Ambrosio, obispo y doctor, cuya santidad y doctrina han honrado á toda la Iglesia.

En Alejandria, la fiesta de san Agaton, soldado, que, en la persecución de Decio, por apartar á empellones algunas personas que querían insultar los cuerpos de los mártires, oyó levantarse contra él la gritería del populacho. Presentáronle al juez, y como perseverase en confesar á Jesucristo, fué en premio de su piedad condenado á que le cortasen la cabeza.

En Antioquia, san Policarpo y san Teodoro, mártires.

En Tuburba de Africa, san Serfo, mártir, que, en la persecución de los Vándalos, bajo el rey arriano Hunerico, fué apaleado durante mucho tiempo, luego suspendido en el aire repetidas veces con garruchas, y abandonado al peso de su cuerpo, que le hacía caer de repente sobre unas piedras; y acabando de martirizarle sañándole con pedernales, alcanzó la corona del martirio.

En Tiena en la Campania, san Urbano, obispo y confesor.

En Saintes en Francia, san Martin, abad, en cuyo sepulcro se obraban muchos milagros.

En el país de Meaux, santa Fara, virgen.

En Chartres, san Añan, obispo.

En Veletri, san Girardo, natural de Francia, obispo y protector de aquella ciudad.

En Bayeux, san Gerbodo, obispo, cuyo cuerpo es venerado en Senlis.

Este mismo día, el natalicio de san Epafrodita, mencionado por san Pablo en su epístola á los Efesios.

En San Pelino en el Abruzo, los santos mártires Sebaste y Gorgonio.

Cerca de Espoleto, san Savino, obispo de Asís.

En Toscana, san Potente, venerado como mártir en Toscanela.

Este mismo día, san Neófito, ahogado en odio de Jesucristo.

La misa es en honor del santo, y la oración la que sigue.

Deus, qui populo tuo æternæ salutis beatum Ambrosium ministrum tribuisti: præsta, quæsumus, ut quem doctorem vitæ habuimus in terris, intercessorem habere mereamur in cælis. Per Dominum nostrum Jesum Christum...

O Dios, que dísteis á vuestro pueblo por ministro de la salvación eterna al bienaventurado Ambrosio; os rogamos nos concedais que ya que le tuvimos en la tierra por doctor y director de nuestra vida, merezcamos tenerle por intercesor en los cielos. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epístola es de la segunda del apóstol san Pablo á Timoteo, cap. 4.

Charissime: Testificor coram Deo et Jesu Christo, qui iudicaturus est vivos et mortuos, per adventum ipsius, et regnum ejus: prædica verbum, inste oportunè, importunè; argue, obsecra, increpa in omni patientia et doctrina. Erit enim tempus, cum sanam doctrinam

Carísimo: Te conjuro delante de Dios y de Jesucristo, que ha de juzgar á los vivos y á los muertos por su venida y por su reino, que prediques la palabra, que instes á tiempo y fuera de tiempo; que reprendas, supliques, amenazas con toda paciencia y enseñanza. Porque